

*Para bailar en pareja no es necesario abrazarse. Ni siquiera lo es poder caminar. Dos bailarines de Pamplona han sido los primeros de España en recibir clase de las precursoras mundiales del baile en silla de ruedas. El reto está ahora en la competición.* Texto: Ion Stegmeier. Foto: Eduardo Buxens.

# Bailando con la vida

**V**IENTICINCO residentes del centro Aspace no están tan contentos como el año pasado. No porque Esther Amorós Vicente, la profesora que les enseña a bailar en la silla de ruedas, se vaya a casar el dos de octubre, sino porque por «culpa» del viaje de novios el curso de este año se retrasará hasta noviembre.

Hasta entonces, no saldrán a recibir a Amorós y a Natalio Maiztegui Antía (los dos profesores) a la puerta de Aspace, en Gízur Menor. Ni les despedirán, después, satisfechos, tras haber sudado la gota gorda.

Hasta Rafa Ciberti, el discjockey particular del curso, se ha animado a dejar los discos y a participar en las clases a partir de noviembre.

El objetivo principal de los cursos es para algunos disfrutar durante un rato. Para otros, hacer una rehabilitación divertida, y, a largo plazo, unos pocos sueñan con las medallas en los campeonatos del mundo de Boxmeer (Holanda) en abril. Serían los primeros discapacitados del Estado en participar. «Vamos a ver si lo conseguimos, esa es nuestra idea, pero tendremos que entrenar mucho», apunta Amorós.

## De Hoop a Boxmeer

La cosa va en serio. Ella y Maiztegui son los primeros pupilos españoles de Corrie van Hugten y Ondine de Hullu, las precursoras mundiales de este tipo de danza.

Van Hugten era coreógrafa y profesora de baile antes de que un accidente le postrara a una silla de ruedas hace 19 años. Le tomaron por loca, pero esta holandesa siguió bailando, y fue investigando una serie de técnicas en colaboración con Ondine de Hullu, una compatriota suya fisioterapeuta que aportaba los co-



Natalio Maiztegui y Esther Amorós, de pie, bailan y se divierten con un grupo de alumnos en la sede de Aspace.

nocimientos sobre rehabilitación.

Ahora, los dos comparten esos conocimientos durante un curso intensivo que dan cada dos años en algún punto de Europa. Maiztegui y Amorós asistieron al de este año junto a otros 12 alumnos del resto del mundo en Hoop (Suecia).

«El curso nos ha permitido aprender diversas técnicas de baile en silla de ruedas, cuya correcta utilización evita accidentes y logran que el baile sea un medio terapéutico y de rehabilitación», cuenta esta economista pamplonesa de 26 años de edad. «Supone gastar mucho dinero, pero merece la pena, nos llenan», añade Maiztegui, bailarín de Oñate (Guipúzcoa) y de 28 años de edad.

Desde el 15 al 21 de mayo, con ocho horas diarias de clase, estos dos monitores de Aspace apren-

## Cinco factores

Al ser diferentes las discapacidades, no es fácil regular estos bailes. Un sistema de puntos pondera cinco factores médicos (rotación del cuerpo, movilidad de brazos, capacidad para tirar, para empujar y para controlar las ruedas) y divide en dos niveles a los participantes. Aparte de estas dos categorías, existen tres niveles de veteranía que vienen dados por el entrenamiento. Son el «Promotion», el «Hoop» y el «Top». El objetivo ahora es que se incluya al baile en silla de ruedas en los Juegos Paralímpicos de invierno.

dieron desde información médica, como las diferencias en las discapacidades, hasta cómo utilizar correctamente la silla o el valor físico y mental del baile en silla.

Eso en teoría. En las clases prácticas, conocieron técnicas en bailes «dúo» (dos personas en silla) como el vals vienés, la samba o bailes del oeste; y en bailes «combi» (una persona de pie con otra en silla), el vals de San Bernard o el «Ten Pretty Girls». También tuvieron oportunidad de aprender «bailes con ayudas extra», dirigidos a personas con un mayor grado de discapacidad.

Ahora son ellos los que enseñan eso que aprendieron, después de haber hecho una clasificación médica de los alumnos con la dirección de Aspace.

Imparten cuatro horas semanales en Aspace y cuatro más en el Centro Infanta Elena. En el pri-

mer grupo, dan clase a unas veinticinco personas que, por enfermedad o por accidente, viven sentadas en una silla de ruedas. En el Infanta Elena, son 15 los alumnos.

Este año empezarán en noviembre. «Os echaremos de menos pero vosotros, también, ¿qué vais a hacer sin nosotros?», les dice Andrés, un alumno. Tiene toda la razón. Maiztegui y Amorós reconocen que se lo pasan en grande con sus alumnos.

## Cantando un vals

«¿Habéis hecho la tarea?», suelen preguntar al comenzar las sesiones.

«¡¡¡Síiiii!!!», se desgañitan todos. Entonces se colocan todos alrededor del «pichurri», un objeto que sirve de referencia en el centro del salón y que en la última sesión, por ejemplo, estuvo encarnada en una pala de pimiento.

Con la música de «María» de Ricky Martin, «un, dos tres...» los alumnos dan sus pasitos «rodados» —«alante y «un, dos tres», dan el pasito p'atrás.

«Vamos a bailar un vals», dice de repente Amorós, que escoge como pareja a Juan Carlos Tejado. La música no suena y Esther pide a los alumnos que canten. Uno de ellos empieza a tararear «Cántame, me dijiste cántame...» de María del Monte y a los pocos segundos todos están dando palmadas. «¡Pero cantad un vals, no una sevillana!», les recrimina amistosamente. La carcajada general se prolonga durante varios minutos.

Termina la sesión y los dos profesores besan y se despiden de todos los alumnos. Pero, antes, se juntan todos en el centro de la sala, unen sus manos y gritan: «¡Uno para todos y todos para uno!». «Hasta en una acontecimiento como mi viaje de novios, voy a pensar en ellos», reconoce Amorós.